

ENTRE LA DERROTA Y EL EXILIO EN MÉXICO: ¿UNA MASCULINIDAD EN CRISIS?*

Elena Díaz Silva**

Resumen

En el presente capítulo se presentan los avances de una investigación en curso que analiza el ideal de masculinidad republicano nacido tras la derrota en la Guerra Civil española, y su consolidación en el exilio mexicano. En el estudio se incluye el efecto que tuvo el “trauma” de la derrota, interpretado según la lógica belicista impuesta, como la pérdida o ausencia de los valores asociados con la masculinidad hegemónica. En ese sentido, analizaremos el modelo de hombría o masculinidad recuperado en el exilio como parte del proceso de rehabilitación de la identidad nacional, y como mecanismo cultural adoptado para superar la humillación de la derrota.

Palabras clave

Exilio republicano, Masculinidad, Derrota, Trauma, Identidad nacional.

INTRODUCCIÓN

Pese a los numerosos estudios realizados hasta la fecha sobre el exilio de los republicanos españoles en México, son muy pocos los que han llevado a cabo un análisis desde la perspectiva de género. En ese sentido, los estudios realizados por Pilar Domínguez Prats resultan imprescindibles al recuperar la historia de las mujeres exiliadas. En cuanto a su composición y ocupación, la autora destacaba la presencia de intelectuales y maestras, su contribución desde esos ámbitos a la conservación y difusión de la cultura española en México, para lo cual se habían creado diversas instituciones culturales en México como el Instituto Luis Vives, la Academia Hispano-Mexicana o el Colegio de España, entre otros. Especial atención presta al análisis de

* Esta aportación forma parte de proyecto de investigación que lleva por título: “Left-wing exile in Mexico, 1934-1965”, financiado por el Consejo Europeo de Investigaciones (ERC) a través de la Universidad de Colonia.

** Instituto de Historia Ibérica y Latinoamericana (IHILA), Universidad de Colonia (Alemania).

otro ámbito de difusión y conservación de la cultura e identidad españolas: el ámbito doméstico y familiar. Un espacio de socialización que servía para la trasmisión de valores y normas de comportamiento donde también se inculcaban los roles de género. El análisis realizado con base en las fuentes orales, confirmaba la vigencia del discurso de la domesticidad entre las familias republicanas exiliadas, y la recuperación del sistema conocido como *breadwinner model* lo cual implicaba, teniendo en cuenta el carácter relacional del género, una reformulación de la masculinidad.¹

En lo que respecta a la feminidad, el discurso oficial profundizaba en la identificación de la mujer con el rol de madre y esposa, revalorizando su función dentro del hogar como principal responsable en la trasmisión de los principios y valores republicanos, así como de la conservación de la identidad española a salvo de toda contaminación.²

[...] La mujer reconstruyó el hogar parte de aquel ambiente que había quedado entre los escombros de la derrota, y el hombre encontró en el recinto familiar, no sólo la presencia del terruño perdido, a través de los adornos con que la madre o esposa, decoraba su casa al estilo de allá, sino también ese caudal de vivencias ancestrales que ligan a la patria y los instantes pasados en ella.³

Pese a que este mecanismo cultural orientado hacia la reconstrucción nacional fue empleado por todos los países en Occidente durante la posguerra, para el caso de los exiliados españoles, la recuperación de estos modelos de género tradicionales contribuía además a apuntalar la suerte de ficción en la que se habían instalado algunos de los exiliados: el mito de la España *transterrada*. La historiografía ha contribuido en gran medida a esa mitificación participando en la construcción de un exilio idílico en el que las contribuciones al desarrollo económico y cultural de México son lo más destacable. La historiografía del exilio, obviando el trauma, las decepciones y frustraciones

¹ Pilar Domínguez Prats, *De ciudadanas a exiliadas: un estudio sobre las republicanas exiliadas en México*, Madrid, Fundación Largo Caballero/Cinca, 2009, pp. 148; De la misma autora, véase *Voces del exilio: mujeres españolas en México (1939-1950)*, Madrid, Dirección General de la Mujer, D.L. 1994; "Exiliadas de la Guerra Civil española en México", en *Arenal: Revista de Historia de Mujeres*, vol. 6, núm. 2, 1999, pp. 295-312; "La representación fotográfica de las exiliadas españolas en México", en *Migraciones y Exilios*, núm. 4, 2004, pp. 51-63.

² Concepción Ruiz-Funes y Enriqueta Tuñón, *Este es nuestro relato... mujeres españolas exiliadas en México*, Ateneo español de México, 1993.

³ Purificación Tomás, "Lo que la mujer buscó en el Congreso. Inquietudes femeninas", en *Le Socialiste*, núm. 155, 10 de noviembre de 1964, p. 6.

que impuso la derrota y el exilio, se ha recreado en destacar los aspectos positivos del mismo, “destacando por encima de todo” la victoria moral, y la superioridad intelectual del exilio republicano. Una posición que forma parte del conjunto de mecanismos culturales adoptados para superar el trauma de la derrota, y que tratan de rehabilitar la nación a través de la construcción de *mitos nacionales*.⁴ Uno de esos mitos es el de identificar el exilio en México como eminentemente intelectual.⁵ Un discurso que no sólo ha contribuido a invisibilizar el impacto y la aportación realizada por la “gente corriente” desde otros ámbitos, sino también la creación de otro mito, alimentado por ciertos medios de comunicación en España especialmente interesados en resucitar la misión civilizadora (modernizadora, en el caso de los republicanos) de los españoles en el continente americano.⁶

A diferencia de otras derrotas, por ejemplo la de la Alemania a la que los soldados y prisioneros de guerra de la *Wehrmacht* pudieron reintegrarse volcando todo su esfuerzo en su reconstrucción, los republicanos españoles no tuvieron una patria a la cual regresar después de la guerra. Al trauma de la derrota se sumaba el del exilio en un país desconocido para la mayoría los españoles, pese al apoyo militar y diplomático prestado por las autoridades mexicanas al bando republicano durante la Guerra Civil española. Pese a las llamadas a la hispanidad que hicieron los líderes republicanos, y las grandes muestras de solidaridad para con los “camaradas” españoles que arribaban al Puerto de Veracruz, lo cierto es que existían lazos débiles entre ambas comunidades, desconfianzas mutuas alimentadas, en el caso de los mexicanos, por el rencor y el “trauma de la conquista” que pervivía, y que irremediablemente conduciría a asociar a los españoles con la lejana estirpe de los conquistadores, y su versión contemporánea: los “hambreadores gachupines”.⁷ Por eso, deberíamos ser capaces

⁴ Sobre las denominadas “culturas de la derrota”, véase Wolfgang Schivelbusch, *The culture of defeat. On national trauma, mourning and recovery*, Nueva York, Metropolitan Books, 2003.

⁵ Tomás Pérez Viejo, “España en el imaginario mexicano: el choque del exilio”, en Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio, *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Madrid/Morelia, Comunidad de Madrid/Universidad Michoacana, 2001, pp. 23-93.

⁶ Santiago Carrillo Menéndez, “Los españoles llevaron la modernidad a México”, en *El País*, 3 de septiembre de 2014.

⁷ Sobre ese otro mito construido en torno a la solidaridad de los mexicanos, un discurso que ha obviado la conflictividad y choques culturales que genera todo movimiento migratorio, y que también ha pasado por alto las frustraciones de los exiliados por no poder participar en la política mexicana, véase Sebastian Faber, “Silencios y tabúes del exilio español en México: Historia oficial vs. Historia oral”, en *Espacio, tiempo y forma, Serie V, Historia Contemporánea*, t. 17, 2005, pp. 373-389.

de llevar a cabo una relectura que tenga en cuenta las implicaciones, también de género, que tuvo la recuperación de ese pasado trágico en aquellos momentos, y no sólo por la derecha mexicana y criolla pro-franquista, sino también por una parte de la izquierda, fuertemente influenciada por el indigenismo.

Con respecto a la situación en la España de posguerra, conocemos, gracias a los estudios realizados, a cerca de la eterna minoría de edad impuesta a la mujer española bajo el franquismo.⁸ Sin embargo, poco se conoce del proceso mediante el cual los ciudadanos republicanos fueron reeducados y readoctrinados en otro modelo de masculinidad alejado del científico y ciudadano, pero también del violento falangista. Padres y maridos autoritarios, productores disciplinados, el modelo de masculinidad estaba inspirado en el paternalismo.⁹ En el ámbito familiar, se impuso una estructura fuertemente jerarquizada en cuya cúspide se encontraba el hombre, al que como cabeza de familia se subordinaban el resto de miembros, incluida la esposa que quedaba legalmente bajo la potestad marital. Para ello, se procedió a derogar todas las leyes adoptadas por los gobiernos republicanos que habían introducido principios de igualdad en las relaciones de género, sobre todo entre los cónyuges. Sin embargo, la recuperación de este modelo de familia tradicional parecía responder a los anhelos de los españoles en general, que tanto de izquierdas como de derechas “ansiaban la oportunidad de reconstruir sus casas, de crear un espacio inviolable que ofreciera un refugio de la guerra y sus recuerdos”.¹⁰

¿Qué ocurrió con los republicanos que se exiliaron en México? Este texto presenta los avances de una investigación en curso que analiza el ideal de masculinidad republicano nacido tras la derrota en la Guerra Civil española, así como los cambios que experimentó en México. Este artículo presenta los primeros avances de la investigación, en la que se analiza el efecto de la guerra, la derrota, la huida y el exilio en la configuración del modelo de hombría y masculinidad que adoptan los republicanos refugiados en México, como parte del proceso de rehabilitación de la identidad nacional.

⁸ María del Rosario Ruiz Franco, *¿Eternas menores? Las mujeres en el franquismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, D. L., 2007.

⁹ Mary Vincent, “La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2006, vol. 28, pp. 151.

¹⁰ *Ibid.*

“HOMBRES FUERTES, AL FRENTE”: LA MOVILIZACIÓN MASCULINA DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA EN EL BANDO REPUBLICANO

La guerra supone el punto de partida para el análisis que vamos a llevar a cabo. La guerra y su relación con la masculinidad y la identidad de género vienen siendo desde hace unos años objeto de interés por parte de la historiografía.¹¹ Aún queda, sin embargo un largo camino por recorrer a la hora de analizar su relación con la derrota, y la ocupación, circunstancias que advierten especialmente de la existencia de una crisis en la masculinidad moderna.¹²

La masculinidad, hombría y virilidad son elementos centrales del discurso militarista e imperialista en este periodo especialmente convulso y violento de la historia de Occidente. El éxito y la victoria en el campo de batalla dependía en gran medida de la capacidad de los hombres, históricamente interpelados por un discurso que les instaba a identificarse con valores como la valentía, el heroísmo, el honor, por no hablar de la agresividad, consustancial al hombre-guerrero. Al fin y al cabo, la guerra constituía un ejercicio de hombría, una invitación para su demostración.¹³ “Men who answer the call of war risk losing their lives; men who refuse to listen risk losing their honor”,¹⁴ era la máxima impuesta en las sociedades patriarcales de los modernos estados-nación, pese a que no todos los hombres servían por sus condicionantes físicos, psicológicos o emocionales, para el ejercicio de la guerra.¹⁵

¹¹ Mary Vincent, “Gender and war in Europe, c. 1918-1949”, en *Contemporary European History*, vol. 10, issue 3, 2001; Luc Capdevila, François Rouquet, Fabrice Virgili y Danièle Voldman, *Homes et femmes dans la France en guerre 1914-1945*, Paris, Payot et Rivages, 2003; Stefan Dudink, Karen Hagemann y John Tosh [eds.], *Masculinities in Politics and War: Gendering Modern History*, Manchester, 2004, pp. 22-40; Sonia O. Karen Hagemann y Stefanie Schueler-Springorum [coords.], *Home/Front: The Military, War and Gender in Twentieth-Century Germany*, Oxford/Nueva York, Berg, 2012.

¹² Miranda Pollard, “In the name of the Father: Male masculinities in Vichy France”, en Forth, Christopher E. y Taithe Bertrand [ed.], *French Masculinities. History, Culture and Politics*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007, pp. 142; Sobre la cuestión, lea también Philipp Burrin, *Living with Defeat: France under the German Occupation 1940-1944*, Londres, Arnold, 1996; Frank Biess, *Homecomings: Returning POWs and the Legacies of Defeat in Postwar Germany*, Princeton, 2006; Schivelbusch, *op. cit.*

¹³ Nerea Aresti, “The battle to define Spanish Manhood”, en Aurora Morcillo [ed.], *Memory and Cultural History of the Spanish Civil War: Realms of Oblivion*, Leiden, Boston, Brill, 2014, pp. 151.

¹⁴ Michael Flood [ed.], *International Encyclopedia of Men and Masculinities*, Londres, Routledge, 2007, pp. 627.

¹⁵ Véase por ejemplo el tratamiento que en épocas pretéritas se ha hecho de la nostalgia y su padecimiento por parte de los soldados en el frente que, afectados por esta “patología” (*maladies de mémoire*) eran interpelados por el discurso médico que ponía en cuestión no sólo

En la España republicana asistimos, sin embargo, a la consolidación de un modelo de masculinidad situado en las antípodas de aquel influenciado por el nacionalismo y el imperialismo que se impuso en la Europa de entreguerras. Gracias al impulso dado por los gobiernos de la república, y sus políticas sociales, se adoptaron y difundieron nuevos modelos de género que sirvieron de inspiración a generaciones posteriores. El intelectual o científico, uno de los nuevos estereotipos asociados a la modernidad y a los valores y principios republicanos, tenía su origen en la década de los años veinte, en los ideales de renovación y regeneración nacional promovido por la intelectualidad y los “modernos moralistas”. En los años treinta fue adoptado por la cultura política republicana al ser asimilado como el “nuevo hombre” que preconizaban los socialistas. La propuesta que planteaba el discurso de esta intelectualidad enlazaba, señalaba Nerea Aresti, “con valores ya arraigados en la subjetividad de los trabajadores, con el anhelo de reconstrucción familiar y con el proyecto socialista de moralización de la clase”.¹⁶ Según el científico y doctor Gregorio Marañón, uno de los promotores de dicho modelo, el ideal masculino de los años veinte y treinta debía identificarse con los siguientes valores: la austeridad, el autocontrol, la responsabilidad familiar, el trabajo, la moderación sexual y la monogamia.¹⁷

La Guerra Civil española interrumpió este proceso de reformulación identitaria así como la modernización de las estructuras sociales, imponiendo la recuperación de otros discursos que ensalzaban el carácter militar y heroico de una masculinidad viril y homogeneizadora. Con el objetivo de reclutar y movilizar a la tropa, dar consignas de guerra o para el fortalecimiento de la disciplina, ambos bandos adoptaron en sus medios propagandísticos un modelo de masculinidad o arquetipo viril cuyas diferencias en lo estilístico o formal, eran mínimas. El arquetipo de guerrero que describía George Mosse en su obra había servido de inspiración tanto a la izquierda como a la derecha. El fascismo/nazismo en Alemania, Italia o España encontrará

su hombría y virilidad (ya que la nostalgia o el miedo era sentimientos y emociones que se presuponian más propios de la psicología femenina), sino también y en definitiva, su compromiso con la nación y su patriotismo. Sobre la cuestión, véase Michael S. Roth, “Dying of the Past: Medical Studies of Nostalgia in Nineteenth-Century France”, en *History and Memory*, vol. 3, núm. 1, primavera de 1991, pp. 5-29.

¹⁶ Nerea Aresti, *Médicos, donjuanes y mujeres modernas: los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001, pp. 232.

¹⁷ Nerea Aresti, *Masculinidades en tela de juicio*, Madrid, Cátedra, 2010, pp. 265. La autora basa su análisis en algunos de los escritos de Marañón, por ejemplo: “Psicopatología del donjuanismo”, en *El Siglo Médico*, 1º de marzo, 1924.

un campo abonado en el imperialismo europeo para desarrollar sus teorías acerca de la superioridad racial, teorías en las que la virilidad y la masculinidad del pueblo ario juegan un papel muy importante.¹⁸

La propaganda republicana contribuyó a la difusión de esa imagen hegemónica de masculinidad. Destaca en lo estilístico, la representación de un cuerpo hipermasculinizado, viril, atlético, esculpido cual héroe griego, en el que se puede apreciar toda la musculatura en tensión. Una imagen convertida en icono, símbolo del poder y de victoria. Los reporteros, escritores y fotógrafos extranjeros afines a la causa republicana contribuyeron también a la construcción de ese mito en torno al heroico miliciano republicano, pese a que seguían identificándole como un civil mal equipado, mal entrenado y peor disciplinado.¹⁹

La representación del miliciano republicano en la propaganda iba acompañada de todo un discurso en el que se ensalzan valores masculinos inherentes al ejercicio de la violencia y la guerra, como la valentía, el honor, el compañerismo o la fraternidad. El arquetipo de guerrero se imponía así a otros modelos o categorías identitarias como el intelectual o científico, el ciudadano pacífico y civilizado, al campesino u obrero industrial. La propaganda, especialmente la que iba destinada a movilizar a la población civil, mantuvo en su discurso la división sexual del trabajo y el respeto a la consigna republicana impuesta tras los primeros meses a instancias del Ministerio de Guerra que establecía que los hombres debían marchar al frente y las mujeres permanecer en la retaguardia. El discurso bélico apelaba, en definitiva, a las diferencias biológicas entre hombres y mujeres, y al conjunto de capacidades, virtudes y cualidades derivadas de las mismas. Las llamadas a la movilización de las mujeres durante la guerra en su función social-maternal reforzaban así su carácter asistencial. La imagen icónica de la miliciana que aparecía representada en el famoso cartel de Arteché, fue instrumentalizada para movilizar

¹⁸ J. A. Mangan [coord.], *Shaping the Superman: Fascist body as Political Icon-Aryan Fascism*, Londres, Frank Cass, 1990; George L. Mosse, *The Image of Man. The creation of Modern Masculinity*, Nueva York, Oxford University Press, 1996, pp. 155-180.

¹⁹ Destaca en la creación de ese mito y en su difusión, la famosa fotografía de Robert Capa "Muerte de un miliciano", en el que aparece retratado el momento de la muerte de un soldado que caía abatido por un disparo enemigo. Se trate de una puesta en escena o de un golpe de suerte lo que permitió lograr dicha instantánea, la fotografía en sí no sólo denunciaba el horror de la guerra, sino que convertía al miliciano, un civil al fin y al cabo, en un héroe emblemático, en un ejemplo de la valentía y del valor de los defensores de la República. Un modelo de masculinidad ligado al heroísmo, y al sacrificio ya que la maniobra en sí, al descender desprotegido por aquel cerro, era considerada prácticamente como un acto suicida.

a los hombres, y animarles a no permanecer inactivos en la retaguardia.²⁰ Su mensaje, sin embargo, animó a muchas mujeres para dar un paso más en su movilización y alistarse en las milicias. Poco se sabe, y gran parte de información procede de testimonios orales en ocasiones contradictorios, acerca de las relaciones de género entre los milicianos y milicianas, de la supuesta igualdad o libertad sexual en las trincheras. De lo que se tiene constancia es de la campaña republicana por evitar la transmisión de enfermedades venéreas en los frentes, y la vinculación que se hizo entre la miliciana y la prostituta, en la que profundiza la mitología franquista. El control racional sobre las más bajas pasiones, y el autocontrol eran referentes para la construcción de la moderna masculinidad en Occidente. Dichos valores “masculinos”, que continúan vigentes en la España republicana, alcanzaron gran difusión durante la Guerra Civil gracias a los medios propagandísticos. Los carteles instaban a los milicianos a no mantener relaciones sexuales con prostitutas, aunque más que denunciar la explotación sexual de las mujeres, estas campañas tenían como objetivo el de frenar y prevenir enfermedades venéreas.²¹ Con los mismos objetivos, la propaganda adoctrinaba a los milicianos para alejarse del consumo de alcohol.

Pese a la identificación del miliciano republicano como un hombre insubordinado e indisciplinado, una campaña en la que también contribuyeron los medios de información y propaganda del bando autoproclamado nacional, la cultura y la educación de los soldados también formaba parte de los objetivos de la propaganda republicana, en su intento de mantener la disciplina dentro del ejército y las

²⁰ Mary Nash, “La miliciana: otra opción de combatividad femenina antifascista”, en *Las mujeres y la Guerra Civil Española*, III Jornadas de Estudios monográficos, Instituto de la Mujer, Salamanca, octubre de 1989, pp. 97-108; Mary Nash, *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Madrid, Taurus, 1999.

²¹ Pese a esto, el autocontrol y la monogamia siguieron siendo identificando como valores propios de una masculinidad moderna y republicana, Ejemplo de ello es la repercusión que tuvo el episodio protagonizado por Negrín, en presencia de Casado, el cual relataba cómo en plena crisis por el avance de las tropas franquistas y después las últimas derrotas, el entonces presidente del gobierno se abandonaba a sus “más bajas pasiones” frecuentando prostíbulos. Un comportamiento poco ejemplar para éste, que concluía al respecto: “No cabe duda de que refleja una anomalía o desequilibrio en un hombre supercivilizado”. Segismundo Casado, *Así cayó Madrid: último episodio de la Guerra Civil Española*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968, pp. 131-138. Llama la atención que esta circunstancia haya sido utilizada como argumento para desprestigiar y difamar, si el episodio que relata Casado en sus memorias no se produjo, la figura de Negrín, y deslegítimar sus decisiones y actuaciones en adelante. Su identificación con una persona de escasa virtud, y cobarde, como también veremos más adelante, son cuestiones a tener en cuenta a la hora de analizar el alcance que tuvieron los principios y valores republicanos difundidos durante el periodo, sobre todo en su aplicación a las relaciones de género, y a la configuración de ese modelo de masculinidad y hombría que rechazaba ese tipo de prácticas.

milicias. Sin embargo, a diferencia del ejército de Franco, la disciplina en el bando republicano no era el resultado de un orden jerárquico y en ocasiones arbitrario sino el “resultado del ejercicio de la razón, y de la internacionalización de los principios de civilización a través de la educación”.²²

Pese a las escasas diferencias desde un punto de vista estilístico, encontramos pues importantes diferencias entre el arquetipo viril que los sublevados impusieron durante la Guerra Civil, y aquel que se impuso en el bando republicano como consecuencia de las necesidades que impuso la guerra. En el bando rebelde, destaca la generalización de un modelo de hombre agresivo y violento espoleado por los mandos militares para llevar a cabo una cruenta represión contra la población civil en la retaguardia. Si bien las violaciones han constituido una práctica de guerra muy común en la historia, directamente relacionada con la identificación de la violación como un ejercicio de “homo-socialización”, “part of the pressure and pull of men to prove to one another their loyalty, steadfastness and sangfroid”,²³ en España, esta práctica tuvo un componente ideológico claro, siendo empleada con otros objetivos. Las violaciones en las zonas ocupadas por las tropas de Franco, se encontraban directamente relacionadas con la identificación de las mujeres republicanas como “desbocadas jovencitas libertarias”, culpables de la degeneración moral y física de la nación.²⁴

DERROTA Y EXILIO: DE HÉROES A VENCIDOS

La caída de Barcelona en enero de 1939 precipitó la huida de miles de mujeres, niños, ancianos y parte del ejército de la república que se había reunido en ese otro gran foco de resistencia y reducto republicano que quedaba. Se calcula que en torno a 400 000 personas se desplazaron hacia la frontera huyendo de las tropas de Franco, que acababan de entrar en la ciudad, y de la represión posterior.

Pese a la enorme producción historiográfica en torno al exilio, y el drama que supuso para la población civil desplazada la huida hacia la frontera,²⁵ apenas se ha reparado en los procesos identitarios a los

²² Nerea Aresti, *op. cit.*, p. 154.

²³ Flood, *op. cit.*, p. 628.

²⁴ Mary Vincent, “La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 28, 2006, pp. 135-151.

²⁵ Geneviève Dreyfus-Armand, *El exilio de los republicanos españoles en Francia*, Barcelona, Crítica, 2000.

que dio lugar, especialmente entre los veteranos o excombatientes de guerra. Además de los numerosos testimonios que han dejado éstos, recogidos en obras que rescatan la memoria de los vencidos,²⁶ y sus propias obras autobiográficas, contamos con otras fuentes que nos permiten analizar el trauma de la derrota como por ejemplo los numerosos testimonios gráficos que recogen precisamente esos primeros momentos del exilio. Dichas fotografías muestran los restos de un ejército en retirada, desorganizado, compuesto por militares heridos, desmoralizados y cabizbajos, mezclado con la población civil evacuada lo cual dotaba un mayor dramatismo y significado a las imágenes ya que remiten a una actitud “femenina”.

Las imágenes que captaron el paso de la frontera y el desarme ante los gendarmes franceses resultan muy simbólicas tanto por la expresión satisfecha de los franceses, orgullosos del botín, como por la actitud dócil y derrotada de los españoles. Al fin y al cabo, la entrega de las armas suponía la constatación de la derrota, la rendición aunque ésta ni siquiera se produjese ante el enemigo, sino ante un supuesto aliado como Francia. Esas imágenes nos advierten de los primeros signos del trauma, de la crisis que se instala entre los derrotados con fuertes connotaciones de género. Si la guerra era una forma de medir la hombría, la derrota remitía irremediabilmente, y siguiendo esa lógica belicista, a la pérdida o ausencia de los valores asociados con la masculinidad, y por lo tanto, a una “virilidad disminuida”.

La historiografía también ha interpretado esos momentos transcendentales, así como las decisiones adoptadas por líderes políticos y militares en esos mismos términos, al destacar la demostración de valor, coraje y carácter, o bien al contrario, su ausencia. Las llamadas a la resistencia, las negociaciones más o menos secretas con Franco para obtener una paz “honrosa”, y la misma huida, son decisiones que aparecen con frecuencia vinculadas a ese concepto de masculinidad hegemónica que se impuso durante la guerra. En los últimos meses de la guerra, y especialmente después de la caída de Catalunya, sólo algunos leales a la República optaban por seguir resistiendo ante el avance imparable de las tropas de Franco. El derrotismo fue poco

²⁶ Véase Alicia Alted, *La voz de los vencidos*, Madrid, Aguilar/Taurus/Alfaguara, 2005; Para el caso de los que se exiliaron en México, destacamos los testimonios orales recogidos por el “Proyecto de Historia Oral: Refugiados Españoles en México” puesto en marcha en 1979 por la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), y coordinado por la historiadora Dolores Pla Brugat. Con base en estas entrevistas se han realizado numerosos estudios entre los que destacan los de la propia investigadora, recientemente fallecida y los de Pilar Domínguez Prats, mencionados con anterioridad.

a poco instalándose en las mentes del heroico ejército republicano, también entre los principales mandos políticos y militares. Ejemplar, en ese sentido, ha sido el castigo otorgado por la historiografía al socialista Negrín al que reprochaban su actitud en los últimos meses de la guerra, pese a sus enérgicas llamadas a la resistencia, tras haber abandonado su puesto en Madrid para instalarse en Valencia no estando dispuesto a asumir la humillación de la derrota, y permitiendo así el golpe de Casado que pondría fin a la contienda.²⁷ Azaña corría idéntica suerte, siendo identificado por sus adversarios políticos, como un ser extremadamente sensible, débil de temperamento, temeroso y asustadizo. El presidente de la Segunda República tuvo una actitud cobarde tras su huida a Francia, y el abandono de su cargo, según algunas de estas crónicas sectarias que incluso llegaban a poner en entredicho su hombría.²⁸

La desmoralización del ejército de la República alcanzaba su máxima expresión en los campos de refugiados que el insolidario gobierno francés había improvisado, incapaz de absorber o de reaccionar ante la avalancha de “indeseables” que durante esos meses cruzaron la frontera por los Pirineos. De nuevo, contamos con testimonios gráficos que nos permiten evaluar no sólo la tragedia y el drama, sino los primeros síntomas del estrés postraumático del que se verían afectados no sólo como derrotados, sino como refugiados.²⁹ Los espacios habilitados para acoger a los refugiados, rodeados de alambradas y vigilados por soldados senegaleses armados y en actitud hostil no eran, efectivamente, lugares adecuados para su recuperación psicológica. Los célebres Hermanos Mayo, reconocidos reporteros gráficos

²⁷ Aurelio Velázquez Hernández, *La otra cara del exilio. Los organismos de ayuda a los republicanos españoles en México (1939-1949)*, Salamanca, 2012 (Tesis doctoral), p. 42. El autor hacía alusión a la existencia de un debate historiográfico en torno a la figura de Negrín y a su supuesta “actitud numantina”.

²⁸ A propósito de las opiniones vertidas en torno al miedo de Azaña, Comín Colomer, escritor profranquista añadía al retrato que en su día hizo Miguel Maura del moribundo Azaña: “Esta es la situación de aquel personaje que hombrea en el Palacio de Buenavista la famosa madrugada del 10 de agosto de 1932”, en alusión a “La Sanjurjada”. Eduardo Comín Colomer, *Historia de la Segunda República*, Madrid, Editorial NOS, 1954-55, pp. 442. Citado a su vez en José Montero, *El drama de la verdad en Manuel Azaña*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979, pp. 207. Afortunadamente, contamos con otras obras más actuales que analizan la figura de estos dos personajes desde una mayor simpatía y también parcialidad, véase por ejemplo: Santos Juliá, *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus, 2008; Joan Llach, *Negrín. Resistir es vencer*, Barcelona, Planeta, 1984; Enrique Moradiellos, *Don Juan Negrín*, Barcelona, Península, 2006.

²⁹ Sobre la cuestión, véase Paloma Aguilar, “Agents of Memory: Spanish Civil War Veterans and Disabled Soldiers”, en Winter Jay y Sivan Emmanuel [coord.], *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 84-103.

del exilio, recogieron en algunas de sus instantáneas escenas de la vida cotidiana en aquellos campos en los que se produjo la transición entre un heroísmo vinculado a la patria y a la República, a una lucha por la propia supervivencia.³⁰ Pese a las circunstancias, en estos espacios emergieron valores como la solidaridad, que suponía el fortalecimiento de los lazos de compañerismo y fraternidad típicos del frente; y sobre todo, una exigencia: la conservación de la integridad moral, bases sobre las que se construiría la identidad del exiliado republicano.

El asalto definitivo a Madrid, facilitado por la maniobra del coronel Casado que se rendía apoyado por una parte del ejército y del gobierno republicano a una derrota sin condiciones, completaba el proceso de conversión de los heroicos milicianos republicanos, en derrotados y vencidos, una identidad globalizadora en la que acabaron por diluirse todos los los refugiados, pese a las notables diferencias que existían entre ellos. Sin embargo, unos meses antes de aquel famoso último parte de guerra, la desmoralización hacía mella entre los republicanos internados en los campos de refugiados, que no estaban dispuestos a seguir luchando hasta el final. Así lo atestiguan las peticiones de asilo enviadas por los milicianos que habían estado luchando en la defensa de Barcelona, y que comenzaron a llegar a la Embajada de México en París a finales de enero de 1939.³¹ Según estos testimonios, la inmensa mayoría no deseaba continuar la guerra, tal era su estado anímico y/o físico, mucho menos comenzar otra para así ayudar al país vecino, y supuestamente aliado, que tan mal les había recibido. Ni siquiera la expectativa que supondría el estallido de la Segunda Guerra Mundial para una posterior liberación de España consiguió levantar los ánimos de los miles de refugiados que decidieron embarcarse en el *Sinaia*, el *Ipanema* o el *Méxique*, para poner rumbo a lo desconocido. Muchos de ellos aseguraban en sus misivas que lo único que querían era marchar a México para reconstruir sus vidas, y recuperar a sus familias, aceptando así la solidaria invitación que les había hecho el presidente mexicano Lázaro Cárdenas. Ninguno de ellos apareció en Veracruz uniformado o ataviado con los elementos que les identificaban como los heroicos milicianos republicanos, aunque tampoco como los bandoleros, criminales y rojos “peligrosos”, adjetivos con los que el México más conservador, así como una parte de la

³⁰ Juan Carlos Pérez Guerrero, *La identidad del exilio republicano en México*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2008 (Colección Archivo II República española en el exilio), p. 69.

³¹ Dichas cartas se encuentran en el Archivo de la Embajada de México en Francia, depositados a su vez en el Archivo histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México D. F.

comunidad de españoles profranquistas, les recibiría a su llegada.³² La mayoría llegarían, sin embargo, acompañados de sus familiares.³³ La Embajada de México en Francia y el SERE llevaron a cabo la selección de personas que se beneficiaron de la visa priorizando, según la documentación que se encuentra en el archivo de la Embajada de México en Francia, el refugio de familias. Esta circunstancia dotaba de unas características especiales a la comunidad de refugiados españoles que la diferenciaba de los otros exilios que coincidieron en México. Continuar la guerra o la revolución no era una prioridad para los españoles, como sí lo era para muchos de los que tras la Revolución mexicana habían llegado hasta allí desde Europa, y especialmente desde Latinoamérica.³⁴ El trabajo y la reconstrucción familiar fueron los pilares básicos sobre los que se asentó el exilio republicano en México, pese a la reactivación de las actividades políticas o las primeras sesiones de las cortes republicanas en el exilio que comenzaron a reunirse en México a partir de 1945.

Dejando a un lado los otros dos ámbitos que permitieron la recuperación de la masculinidad, el doméstico o familiar y el profesional, cabe mencionar la función y contribución realizada desde las asociaciones y organizaciones del exilio. Además de constituirse por naturaleza en plataformas de lucha contra el franquismo, actuaron como espacios de socialización política para todos los exiliados, movilizados en diferentes grados. Cabe destacar la aplicación de la división de tareas entre la militancia en función del género, y la masculinización de espacios abiertos con anterioridad a la colaboración y presencia de mujeres, antes “ciudadanas”, ahora identificadas y revalorizadas en su papel de madres y esposas. Algunos testimonios de mujeres coinciden en señalar las dificultades de integración en los círculos del exilio incluso en las reuniones más informales celebradas en cantinas y cafés, principales espacios de socialización masculina donde las mujeres no eran bienvenidas.³⁵ Las tertulias literarias en cafés y cantinas

³² Mauricio César Ramírez Sánchez, “Exiliados españoles a través de las imágenes de la derecha mexicana”, en Mari Carmen Serra Puche, José Francisco Mejía Flores y Carlos Sola Ayape [eds.], *De la posrevolución mexicana al exilio republicano español*, Madrid, FCE, 2011, pp. 91-114.

³³ En torno al 68% de los refugiados viajaron en compañía de sus familias, mujeres e hijos/as. En Dolores Pla Brugat, *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina*, México, Instituto Nacional de Migración/Centro de estudios migratorios, 2007, p. 63.

³⁴ Sobre la cuestión, véase Pablo Yankelevich [ed.], *México, país refugio: la experiencia de los exilios en el siglo XX*, México, INAH, 2002; Barry Carr, “Radicals, Revolutionaries and Exiles: Mexico City in the 1920s”, en *Berkeley Review of Latin American Studies*, California, fall 2010, pp. 26-30.

³⁵ Concepción Ruiz Funes, Enriqueta Tuñón, “Nosotras fuimos la unión de mujeres españolas antifascistas en México (1939-1976)”, en *Política y Cultura*, núm. 1, otoño, 1992, pp. 91-99.

fueron también práctica habitual entre los intelectuales. En ellas se advertía, sin embargo, el mismo clima de exclusión y recelo hacia la participación de las mujeres. Una prueba de ello la encontramos en las memorias de Simón Otaola en la que describía, desde la cotidianidad y en clave de humor, dichas tertulias. Pese al compromiso de no hacer alusión a la guerra, su experiencia parecía seguir manteniendo su función como elemento y aglutinante. El clima de intimidación entre algunos de los protagonistas remitía a la camaradería y a la experiencia de fraternidad que vivieron en el frente, y de la que de nuevo, las mujeres quedaban excluidas.³⁶

Además de los aniversarios de la proclamación de la Segunda República, las organizaciones del exilio llevaron a cabo diferentes celebraciones con el fin de mantener vivo el recuerdo de la guerra, ya que su experiencia servía como un elemento unificador. Durante los primeros años se conmemoraron los aniversarios de batallas militares y victorias del bando republicano. El paso del Ebro, la Batalla de Guadalajara, o la defensa de Madrid fueron rememorados como parte de la terapia que trataba de superar la derrota, ahora convertida en una victoria moral enarbolada frente a la inmoralidad de los actos del franquismo, la represión indiscriminada y el terror que los exiliados denunciaban. En la mayor parte de los actos fotografiados por los Hermanos Mayo se observa la presencia abundante de mujeres y niños situados, sin embargo, en una posición de escaso protagonismo. En todo caso, remitirían al carácter familiar y familiarista del exilio español, y no una trasgresión de género.

Todo parece indicar entonces que la militancia política entre los exiliados actuó como un espacio de socialización masculina, así como de reafirmación del patriarcado. Este hecho se encuentra relacionado tanto con la adopción de mecanismos culturales que trataban de hacer frente a la derrota y de rehabilitar la nación, como parte de la dinámica que se estableció en la Europa de posguerra. Además de reflejar la crisis en la masculinidad moderna, la recuperación de su versión tradicional y el reforzamiento del patriarcado inducen a preguntarnos en torno a la influencia que tuvo el México posrevolucionario, sus estructuras y reformas sociales, en la configuración de un nuevo modelo de hombría.

Esta circunstancia justificó la creación de organizaciones femeninas como Mujeres Antifascistas o el Grupo Femenino Socialista Español.

³⁶ Simón Otaola, *La librería de Arana. Historia y fantasía*, México, Aquelarre, 1952 (2ª edición, Madrid, Ediciones el Imán, 1999).